

ABO 1111

- NMM National Minority Movement (Movimiento Nacional de la Minoría).
- NUWM National Unemployed Workers' Movement (Movimiento Nacional de Trabajadores en Paro).
- OGPU Administración Política Unificada del Estado.
- PCCh Partido Comunista Chino.
- PCF Partido Comunista Francés.
- PCI Partido Comunista Italiano.
- Profintern Internacional Sindical Roja.
- RSFSR República Socialista Federativa Soviética de Rusia.
- Sovjotz(i) Granja(s) Soviética(s).
- Svnarjoz(i) Consejo(s) de Economía Nacional.
- Sovmarkom Consejo de Comisarios del Pueblo.
- SPD Partido Socialdemócrata Alemán.
- SR Socialistas Revolucionarios.
- TsIK Comité Ejecutivo Central.
- URSS Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.
- USPD Partido Socialdemócrata Independiente Alemán.
- VAPP Asociación Panrusa de Escritores Proletarios.
- Vesenja Consejo Supremo de Economía Nacional.
- VTsIK Comité Ejecutivo Central Panruso.

CARR, EDWARD. LA REVOLUCION RUSA:  
DE LENIN A STALIN, 1917 - 1929.  
 MEXICO, ALIANZA EDITORIAL, 1989.

La revolución rusa de 1917 constituye un punto decisivo en la historia, y bien puede ser considerada por los futuros historiadores como el mayor acontecimiento del siglo xx. Al igual que la revolución francesa, continuará polarizando las opiniones durante mucho tiempo, siendo exaltada por algunos como un hito en la liberación de la humanidad de la opresión pasada, y denunciada por otros como un crimen y un desastre. Representó el primer desafío abierto al sistema capitalista, que había alcanzado su cenit en Europa a finales del siglo xix. El hecho de que tuviera lugar en el momento más crítico de la primera guerra mundial, y en parte como resultado de esta guerra, fue más que una coincidencia. La guerra había infligido un golpe mortal al orden capitalista internacional tal y como éste había existido antes de 1914, y había revelado su inestabilidad intrínseca. Se puede pensar en la revolución a la vez como consecuencia y como causa del declinar del capitalismo.

Aunque la revolución de 1917 tuvo un significado mundial, también estuvo enraizada en condiciones específicas

mente rusas. La imponente fachada de la autocracia zarista encubría una economía rural estancada, que había hecho pocos avances sustanciales desde la emancipación de los siervos, y un campesinado hambriento e inquieto. Desde la década de 1860 venían actuando grupos terroristas, con estallidos recurrentes de violencia y represión. En este período tuvo lugar el nacimiento del movimiento *narodnik*, al que sucedería más tarde el Partido Socialista Revolucionario, y cuyo mensaje se dirigía a los campesinos. A partir de 1890, la industrialización comenzó a irrumpir de forma importante en la primitiva economía rusa; y el desarrollo de una clase industrial y financiera de influencia y riqueza crecientes, fuertemente dependiente del capital extranjero, potenció la infiltración de algunas ideas liberales occidentales, que encontraron su más completa expresión en el Partido Kadete (Demócrata Constitucionalista). Pero este proceso se vio acompañado por el crecimiento de un proletariado de obreros fabriles y por los primeros síntomas de conflictividad proletaria; en la década de 1890 tuvieron lugar las primeras huelgas. Estos cambios se reflejaron en la fundación en 1897 de una partido marxista, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el partido de Lenin, Martov y Plejanov. El malestar latente surgió a la superficie con las frustraciones y humillaciones de la guerra ruso-japonesa.

La primera revolución rusa de 1905 tuvo un carácter mixto. Fue una revuelta de los liberales y constitucionalistas burgueses contra una autocracia arbitraria y anticuada. Fue una revuelta obrera, desatada por la atrocidad del «domingo sangriento», y que condujo a la elección del primer soviét de diputados obreros de Petersburgo. Fue una extensa revuelta campesina, espontánea y carente de coordinación, a menudo extremadamente cargada de resentimiento y violencia. Estos tres cabos nunca llegaron a entrelazarse, y la revolución fue fácilmente dominada con el coste de algunas concesiones constitucionales, en buena medida irrealizables. Los mismos factores inspiraron la revolución de febrero de 1917, pero esta vez reforzados y dominados por el cansancio de la guerra y por el des-

contento general respecto a la forma en que ésta era dirigida. La abdicación del zar era lo único que podía detener la marea de revueltas. La autocracia fue reemplazada por la proclamación de un Gobierno Provisional basado en la autoridad de la Duma. Pero el carácter híbrido de la revolución se hizo una vez más evidente. Al lado del Gobierno Provisional se reconstituyó el soviét de Petrogrado —la capital había cambiado de nombre en 1914— según el modelo de 1905.

La revolución de febrero de 1917 trajo de vuelta a Petrogrado, desde Siberia y desde el exilio en el exterior, a una multitud de revolucionarios anteriormente proscritos. La mayoría de éstos pertenecían a una de las dos ramas —bolchevique y menchevique— del Partido Obrero Socialdemócrata, o al Partido Socialista Revolucionario (SR), y encontraron una plataforma ya dispuesta en el soviét de Petrogrado. El soviét era en cierto sentido un rival del Gobierno Provisional establecido por los partidos constitucionales en la antigua Duma; la expresión «doble poder» fue acuñada para describir esta ambigua situación. Pero la actitud del soviét era mucho menos tajante. El esquema histórico de Marx postulaba dos revoluciones distintas y sucesivas, la burguesa y la socialista. Los miembros del soviét, con pocas excepciones, se contentaban con reconocer en los acontecimientos de febrero la revolución burguesa rusa que establecería un régimen democrático-burgués según el modelo occidental, y posponían la revolución socialista a una fecha futura aún indeterminada. La cooperación con el Gobierno Provisional era la conclusión de este punto de vista, que compartían los dos primeros dirigentes bolcheviques que regresaron a Petrogrado: Kamenev y Stalin.

La dramática llegada de Lenin a Petrogrado a comienzos de abril hizo añicos este precario compromiso. Lenin, en un primer momento casi en solitario incluso entre los bolcheviques, atacó la suposición de que el cataclismo que estaba teniendo lugar en Rusia fuera una revolución burguesa y nada más. El desarrollo de la situación después de la revolución de febrero confirmaría el punto de vista

de Lenin de que aquélla no podía mantenerse dentro de límites burgueses. Lo que siguió al colapso de la autocracia no fue tanto una bifurcación de la autoridad (el «doble poder») como una total dispersión de ésta. El sentimiento común a obreros y campesinos, a la vasta mayoría de la población, era de inmenso alivio ante el alejamiento de un íncubo monstruoso, sentimiento que venía acompañado de un profundo deseo de conducir sus propios asuntos a su manera, y de la convicción de que esto era posible, de un modo u otro, y fundamental. Se trataba de un movimiento de masas inspirado por una ola de inmenso entusiasmo y por visiones utópicas de la emancipación de la humanidad de las cadenas de un poder remoto y despótico, y que no estaba interesado en los principios occidentales de democracia parlamentaria y gobierno constitucional proclamados por el Gobierno Provisional. Se rechazaba tácitamente la noción de autoridad centralizada. Por toda Rusia se extendieron los soviets locales de obreros y campesinos. Algunas ciudades y distritos se autoproclamaron repúblicas soviéticas. Los comités obreros de fábrica se atribuyeron el ejercicio exclusivo de la autoridad en su campo. Los campesinos se apoderaron de la tierra y la repartieron entre ellos. Y todo lo demás se eclipsaba ante la demanda de paz, de poner fin a los horrores de una guerra sangrienta y sin sentido. En las unidades militares, grandes y pequeñas, desde las brigadas hasta las compañías, se eligieron comités de soldados, que a menudo pedían la elección de los oficiales y desafiaban su autoridad. En el frente, los ejércitos abandonaron las duras imposiciones de la disciplina militar, y lentamente comenzaron a desintegrarse. Este movimiento general de revuelta contra la autoridad les parecía a la mayor parte de los bolcheviques un preludio del cumplimiento de sus sueños sobre un nuevo orden social; no tenían ningún deseo de detenerlo ni los medios para ello.

Por tanto, cuando Lenin redefinió el carácter de la revolución en sus famosas «tesis de abril», su diagnóstico mostraba a la vez agudeza y visión de futuro. Describía lo que había sucedido como una revolución en transición

desde su primera etapa, que había dado el poder a la burguesía, a una segunda etapa, que daría el poder a los obreros y a los campesinos pobres. El Gobierno Provisional y los soviets no eran aliados, sino antagonistas que representaban a clases diferentes. El objetivo a la vista no era una república parlamentaria, sino «una república de los soviets de diputados obreros, campesinos y campesinos pobres en todo el país, de abajo arriba». El socialismo no podía ser introducido inmediatamente, claro está. Pero como primer paso los soviets se harían cargo del control de «la producción social y la distribución». A lo largo de las vicisitudes del verano de 1917, Lenin consiguió gradualmente la adhesión de los seguidores de su partido a este programa. El avance en los soviets fue más lento. Cuando en junio se reunió un Congreso Panruso de los Soviets —el primer intento de crear una organización soviética central con un comité ejecutivo permanente—, de un total de más de 800 delegados los socialistas revolucionarios obtuvieron 285, los mencheviques 248 y los bolcheviques tan sólo 105. Fue en esta ocasión cuando Lenin, respondiendo a un desafío, hizo la afirmación, acogida con gran burla, de que había en el soviets un partido dispuesto a tomar el poder gubernamental: los bolcheviques. Mientras el prestigio y la autoridad del Gobierno Provisional se desvanecían, la influencia de los bolcheviques en las fábricas y en el ejército crecía rápidamente; y en julio el Gobierno Provisional decidió proceder contra ellos bajo la acusación de que realizaban propaganda subversiva en el ejército y actuaban como agentes alemanes. Varios dirigentes fueron detenidos. Lenin huyó a Finlandia, desde donde mantuvo correspondencia regular con el comité central del partido, que ahora trabajaba en la clandestinidad en Petrogrado.

Fue durante esta retirada forzosa de la escena de la acción cuando Lenin escribió uno de sus más famosos escritos, y el más utópico de ellos, *El Estado y la revolución*, un estudio de la teoría del Estado de Marx. Este no sólo había predicado la destrucción del Estado burgués

por la revolución proletaria, sino que había previsto, después de la victoria de la revolución y de un período de transición bajo la dictadura del proletariado, el progresivo debilitamiento y la extinción final del Estado. Lo que el proletariado necesita en el momento de su victoria, observaba Lenin, es «un Estado que se extinga, es decir, organizado de tal modo que concuerde a extinguirse inmediatamente y que no pueda por menos de extinguirse». El Estado ha sido siempre un instrumento de dominación y opresión de clase. La sociedad comunista sin clases y la existencia del Estado son incompatibles. Lenin lo resumía en un aforismo de su propio cuño: «Mientras existe el Estado, no existe libertad. Cuando haya libertad, no habrá Estado.» Lenin no sólo era un profundo conocedor de Marx, sino que tenía un oído sensible al sentir revolucionario de los obreros y campesinos, cuyo entusiasmo se inflamaba ante la perspectiva de escapar a las cadenas de un Estado poderoso y omnipotente. *El Estado y la revolución* es una notable síntesis de las enseñanzas de Marx y las aspiraciones de las masas carentes de instrucción. El partido apenas aparece en sus páginas.

En septiembre, tras el abortado intento de toma del poder del general derechista Kornilov, los bolcheviques obtuvieron la mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú. Lenin, tras algunas vacilaciones, resucitó la consigna «Todo el poder para los soviets», que suponía un desafío directo al Gobierno Provisional. En octubre regresó disfrazado a Petrogrado para asistir a una reunión del comité central del partido. Persuadido por él, el comité decidió, con las únicas opiniones en contra de Zinoviev y Kamenev, preparar una inmediata toma del poder. Los preparativos fueron llevados a cabo principalmente por un comité militar revolucionario que había sido creado por el comité central del Congreso de los Soviets, y que se encontraba ahora firmemente en manos de los bolcheviques. Trotski, que se había unido a los bolcheviques tras su regreso a Petrogrado en el verano, desempeñó un importante papel en la planificación de la operación. El 25 de octubre (del viejo calendario, equivalente al 7 de

noviembre del calendario occidental, que sería introducido unos meses más tarde), la Guardia Roja, formada principalmente por obreros industriales, tomó posiciones estratégicas en la ciudad y avanzó sobre el Palacio de Invierno. Fue un golpe sin sangre. El Gobierno Provisional se vino abajo sin resistencia. Algunos de los ministros fueron detenidos. El primer ministro Kerenski huyó al extranjero.

La fecha del golpe había sido fijada para coincidir con el II Congreso Panruso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, que comenzó en la tarde del día siguiente. Los bolcheviques tenían ahora la mayoría —399 sobre un total de 649 delegados—, y asumieron la dirección del acto. El congreso proclamó la disolución del Gobierno Provisional y el paso de la autoridad a los soviets, y aprobó por unanimidad tres importantes decretos, los dos primeros a propuesta de Lenin. El primero era una proclama, en nombre del «Gobierno Obrero y Campesino», que proponía a todos los pueblos y gobiernos beligerantes el comienzo de negociaciones en pro de una «paz justa y democrática», sin anexiones ni indemnizaciones, y pedía particularmente «a los obreros conscientes de las tres naciones más adelantadas de la humanidad» —Inglaterra, Francia y Alemania— su ayuda para poner fin a la guerra. El segundo era un decreto sobre la tierra, e incluía un texto redactado por los socialistas revolucionarios, que respondía a las aspiraciones pequeño-burguesas del campesino antes que a las teorías bolcheviques a largo plazo sobre la socialización de la agricultura. La propiedad de los terratenientes era abolida sin compensación; tan sólo la tierra de los «simples campesinos y cosacos» quedaba libre de confiscación. La propiedad privada de la tierra quedaba abolida a perpetuidad. El derecho a usar la tierra se concedía a «todos los ciudadanos del Estado ruso (sin distinción de sexo) que deseen trabajarla ellos mismos». Los derechos sobre los minerales, y otros derechos de tipo subsidiario, quedaban reservados al Estado. La compra, venta y arrendamiento de la tierra, así como el empleo de trabajo asalariado, quedaban prohibidos. Esto

era un fuero para el pequeño campesino independiente que cultivara su parcela de tierra con su propio trabajo y el de su familia, sirviendo primariamente sus propias necesidades. La resolución final de la cuestión de la tierra se reservaba para la futura Asamblea Constituyente. El tercer decreto, propuesto por Kamenev, que presidía la sesión, creaba un Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom), como Gobierno Provisional Obrero y Campesino que gobernaría el país bajo la autoridad del Congreso Panruso de los Soviets y de su comité ejecutivo hasta la formación de la Asamblea Constituyente.

Estas proclamaciones tenían varios rasgos distintivos. Pocas horas antes, Lenin había cerrado su intervención ante el soviet de Petrogrado con estas audaces palabras: «En Rusia debemos ocuparnos de la construcción del Estado socialista proletario.» En los decretos del Congreso de los Soviets, más formales, los conceptos de «Estado» y «socialismo» permanecieron entre bastidores. En medio del entusiasmo de la victoria, cuando el viejo Estado y sus correspondientes males estaban siendo barridos, nadie ansiaba enfrentarse al problema de la construcción de un nuevo Estado. La revolución era internacional, y no tenía en cuenta las fronteras nacionales. El Gobierno Obrero y Campesino carecía de definición o designación territoriales: la extensión última de su autoridad no podía ser prevista. El socialismo era un ideal del futuro; Lenin afirmó, al presentar el decreto sobre la paz, que la victoria del movimiento obrero abriría «el camino hacia la paz y el socialismo». Pero ninguno de los decretos mencionaba al socialismo como fin o propósito de la revolución: el contenido de ésta, al igual que su extensión, se verían en el futuro.

Finalmente, el gesto de deferencia hacia la autoridad última de la Asamblea Constituyente, que visto de forma retrospectiva resulta singularmente ilógico, fue aceptado sin objeción. Entre febrero y octubre, tanto el Gobierno Provisional como los soviets habían pedido la formación de una asamblea constituyente, procedimiento democrático tradicional para la redacción de una nueva constitu-

ción; y las elecciones se habían fijado para el 25 de noviembre. Lenin no deseaba suspenderlas, o no se sentía suficientemente fuerte para hacerlo. Como cabía esperar en un electorado predominantemente rural, el voto dio la mayoría absoluta a los socialistas revolucionarios, con 267 de 520 diputados; los bolcheviques obtuvieron 161, sumando el resto un gran número de grupos minoritarios. Cuando los diputados se reunieron en enero de 1918, el Gobierno Obrero y Campesino estaba firmemente establecido en Petrogrado, y era improbable que abdicara en favor de un cuerpo que representaba los confusos sentimientos de las áreas rurales dos meses antes. Bujarin habló de «la línea que en este momento divide a esta asamblea en [...] dos campos irreconciliables, de principio [...] a favor del socialismo o contra el socialismo». La asamblea escuchó mucha oratoria poco concluyente. Avanzada la noche se levantó la sesión; y el Gobierno impidió por la fuerza que volviera a reanudarse. Este fue un momento decisivo. La revolución había dado la espalda a las convenciones de la democracia burguesa.

La primera consecuencia de la revolución que afectó al mundo occidental, despertando horror e indignación, fue la retirada de la guerra y la deserción del campo aliado en el desesperado clímax de su lucha con Alemania. Cuando esta traición imperdonable vino seguida por medidas como el repudio de las deudas de anteriores gobiernos rusos y la expropiación de los terratenientes y propietarios de fábricas, y cuando la revolución se presentó a sí misma como primera etapa de una revolución destinada a extenderse por Europa y por el mundo, se reveló como un ataque fundamental al conjunto de la sociedad capitalista occidental. Pero esta amenaza no fue tomada muy en serio. Pocas personas imaginaron en un principio en Occidente que el régimen revolucionario pudiera sobrevivir en Rusia más allá de unos pocos días o semanas. Los mismos dirigentes bolcheviques no creían poder sostenerse indefinidamente, a menos que los trabajadores de los países capitalistas acudieran en su ayuda levantándose contra sus propios gobiernos.

Este escepticismo no carecía de fundamento. La autoridad del Gobierno Obrero y Campesino apenas si se extendía más allá de Petrogrado y unas pocas grandes ciudades más. Incluso en los soviets los bolcheviques no disponían de un apoyo unánime; y era difícil saber hasta cuándo el Congreso Panruso de los Soviets —única autoridad central soberana— sería reconocido por los soviets locales que habían brotado por todo el país, por los comités de fábrica que ejercían el «control obrero» en las fábricas, o por los millones de campesinos que ahora regresaban en tropel a sus casas desde el frente. Los burócratas, los directivos y los técnicos a todos los niveles habían entrado en huelga, y se negaban a servir al sedicente nuevo gobierno. Las fuerzas armadas a disposición del régimen consistían en un núcleo de unos pocos miles de guardias rojos y en algunos batallones letones leales que habían sobrevivido a la desintegración de los ejércitos imperiales que lucharon en la guerra. A las pocas semanas de la revolución, en las regiones del Don, el Kubán y los Urales se estaban organizando ejércitos cosacos comprometidos a su derrocamiento. Para los bolcheviques había sido fácil derribar al raquíutico Gobierno Provisional. Sustituirlo, establecer un control efectivo sobre el caos en el que estaba sumergido el vasto territorio del difunto Imperio ruso, y crear un nuevo orden social que enlazara con las aspiraciones de las masas obreras y campesinas, que habían visto en los bolcheviques a sus salvadores y liberadores, era una tarea mucho más formidable y compleja.

El primer acto constitucional que dio una denominación territorial al Gobierno Obrero y Campesino fue la Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador y Exploitado, aprobada por el III Congreso Panruso de los Soviets en enero de 1918, contrapartida bolchevique de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano promulgada por la revolución francesa. Se proclamaba en ella que Rusia era una República de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, a lo cual se añadía que «la República Soviética Rusa se funda sobre la base de la libre unión de naciones libres, como federación de repúblicas nacionales soviéticas». La forma de las palabras preservaba las intenciones internacionales del régimen revolucionario. La revolución era esencialmente internacional; implicaba la sustitución de la guerra entre potencias rivales por la guerra de clases. Pero la promoción de la revolución mundial era también una primera necesidad para el régimen soviético en lucha. Era la única arma de la que disponían los bolcheviques frente a las potencias imperialistas en orden de batalla; y sin una re-